

REVOLUCIÓN – ARTE – CRISTIANISMO

WILHELM GRÄB (Alemania)

El cristianismo a menudo ha estabilizado ordenes sociales. Pero también los ha estremecido, criticado, transformado una y otra vez. El cristianismo se basa en la creencia en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

A partir de ello, están indisolublemente unidas a la fe cristiana la esperanza en un nuevo cielo y una nueva tierra, en la superación de la miseria humana, en la eliminación de las injusticias, en el fin de la violencia. Una y otra vez el cristianismo a lo largo de su historia de 2000 años ha fortalecido el anhelo y alentado a la lucha por la creación de un mundo mejor.

El Nuevo Testamento alaba a los pobres como bienaventurados y llama felices a aquellos que padecen hambre y sed por la justicia. Los cristianos viven de la esperanza de que llegue el reino de dios. Ellos se proyectan hacia un futuro en el que no habrá más sufrimiento y llanto, y en el que dios enjugará todas las lágrimas (Revelación 21).

Sorprendentemente, la fuerza revolucionaria del cristianismo se ha manifestado una y otra vez de la forma más aguda en protesta contra la santificación de las imágenes, contra los ídolos que los hombres adoran, contra el absolutismo de simples poderes finitos en la política y la economía. El cristianismo tomó la prohibición de imágenes ya desde el Viejo Testamento y el judaísmo.

Y esta prohibición de imágenes fue un fuerte impulso a la crítica. La misma liberó una y otra vez las fuerzas subversivas. Dio valor para mirar a través de las fachadas del poder, para luchar contra todos los intentos de exagerar y sacralizar las condiciones existentes y las relaciones de poder existentes. No por casualidad se produjeron también en la Reforma del siglo XVI violentos asaltos a las imágenes.

No debes crearte ninguna imagen, se dice en los Diez Mandamientos (Éxodo 20). Ello se refiere a las imágenes de los santos, las imágenes de ídolos, los cuadros que solo representan, confirman, lo visiblemente dado, y que también exageran, exigen reconocimiento, demandan obediencia, sumisión e incluso promueven la adoración.

La prohibición de imágenes quiere conmocionar las relaciones. La misma no está dirigida contra el arte, tal y como se ha desarrollado en la Modernidad.

Por el contrario, los ataques contra las imágenes de la época de la Reforma en el siglo XVI pueden también ser consideradas como vía para las artes plásticas de la Modernidad. Allí donde el arte es autónomo, no copia nada existente, sino que se desarrolla a partir de sus propias fuerzas en sus visiones, allí no se santifican las relaciones. Allí se cuestionan las cosas. Allí la propia imagen es negación, crítica, protesta. Allí el arte provoca una nueva visión.

Andreas Bodenstein, llamado Karlstadt, decano de la Facultad de Teología en Wittenberg, inicialmente un partidario de Martín Lutero, desató en Wittenberg en 1522 una fuerte disputa por las imágenes, mientras Lutero traducía la Biblia en el castillo Wartburg. "Sobre la supresión de las imágenes", ese fue el título de su combativo escrito. En el mismo se rechazan radicalmente las imágenes en las iglesias, haciendo referencia a la prohibición bíblica.

Aquel que trae imágenes a las iglesias induce a la adoración de los ídolos. Es vergonzoso y satánico colocar ídolos tallados en madera y pintados al óleo sobre el altar. Deberán sacarse de las iglesias, si fuera necesario mediante la fuerza. Pues en la imagen acecha la viciosa voluptuosidad de la imagen del ídolo. Las imágenes impiden el conocimiento de que dios es un espíritu vivo, ágil, que todo lo transforma y que solo habla a los hombres en la palabra de las Sagradas Escrituras.

El escrito combativo de Karlstadt desató una tormenta revolucionaria contra las imágenes en Wittenberg. Las imágenes de los altares y las estatuas de los santos fueron sacadas de las iglesias. Comenzó una obra brutal de destrucción hasta que Lutero regresó del Wartburg y detuvo aquella acción con su famosa prédica invocadora. Al igual que Karlstadt, también Lutero insistió en que las imágenes no fuesen adoradas religiosamente.

La adoración de imágenes es un abuso mágico y supersticioso de las mismas. Pero Lutero, a diferencia de Karlstadt, insistió en diferenciar entre el retrato y el retratado. La imagen debe seguir siendo imagen y no debe ser confundida con lo que ella representa. De lo contrario, lo retratado se convierte en ídolo y se llega a la idolatría de las imágenes.

Lutero parece haberse impuesto. Muchas de nuestras iglesias, incluidas las iglesias evangélicas, particularmente aquellas que fueron construidas o transformadas en la época del barroco, tan favorable a las imágenes, están llenas de imágenes: imágenes que muestran escenas de la historia sagrada bíblica, de

Cristo crucificado, pero también imágenes de su nacimiento y de su vida, imágenes de su resurrección y del juicio final, imágenes de los santos y del mundo celestial.

Y es que realmente sucede que la fe religiosa necesita de las imágenes y de las parábolas. ¿A qué se debe atender si no?

Naturalmente, la fe necesita imágenes, visiones de su esperanza, parábolas terrenales del reino celestial, ya que de lo contrario no tiene ninguna idea de hacia dónde se dirige. Pero precisamente no debe olvidarse que las imágenes no son más que imágenes. Aún cuando sean bellas, impresionantes, aún cuando nos conmuevan en lo profundo, las mismas son hechas por hombres.

Sin embargo, la fe, cuando se trata de fe en dios, se refiere a una realidad que va más allá de este mundo. La religión es esa fuerza en nosotros, los hombres, que trasciende las relaciones terrenales. Así precisamente, la fe crea espacios libres para nuevas posibilidades, coloca ante los ojos lo que hasta ahora no tenía lugar, capacita para el pensamiento utópico.

Para representar lo utópico, para pintarlo, la religión necesita de las imágenes, necesita del arte, pero como lo refraccionado, como lo fragmentado, como aquello cuya representación lleva a la representación, a la obra humana, imágenes del anhelo y de una esperanza indescriptible.

Las imágenes pertenecen a las cosas de este mundo, aún cuando ponen en escena lo utópico, la felicidad del reino de dios. Ellas no son en sí mismas la realización de lo futuro. El Reformador Martín Lutero llamó la atención hacia esta importante diferencia.

Por eso ¡no les recen a ellas! No basen en lo absoluto vuestra fe y vuestra esperanza en las cosas visibles de este mundo, tampoco en vuestros hechos revolucionarios. Encontramos en la Biblia una y otra vez, de forma especialmente clara en la carta a los hebreos, la indicación de que la fe es una segura confianza y una ausencia de duda en aquello que uno no ve. Pues aún no ha aparecido lo que seremos. Aún falta algo.

Llegará el momento en que toda la miseria tenga su fin y en que la vida de cada individuo tenga un sentido. Pero no os considereis vosotros y mucho menos vuestros programas revolucionarios como los ejecutores de la felicidad sobre la tierra. Bienaventurados aquellos que no ven y sin embargo creen, dice Jesús resucitado a Tomás, el escéptico entre sus discípulos.

La mirada que recae en las imágenes ve lo que tiene ante los ojos, se mantiene en lo visible pero también en lo finito. Cuando los hombres se dejan fascinar por las imágenes, se dejan hechizar y engañar por ellas, pierden su libertad.

Allí ellos caen en el poder fascinador de fuerzas extrañas, en la niebla ideológica de ideas insensatas y fuerzas totalitarias. Entonces las imágenes pueden llegar a ser peligrosas aún hoy en día. Pues ellas excitan y seducen. Entonces engañan sobre la realidad y oscurecen la razón.

Cierto que estas peligrosas imágenes ya hoy en día no las encontramos en la iglesia. La publicidad se basa en el poder de las imágenes, de ellas viven los íconos de la cultura pop y de los deportes. El poder de las imágenes penetra mediante los ídolos del poder político y los símbolos del capital.

Pensemos solamente en cómo fue derribada de su pedestal la estatua de Saddam Hussein tras la entrada de los estadounidenses en Bagdad, en medio del júbilo de la muchedumbre, una imagen que fue mostrada una y otra vez en los medios. Pensemos en el impacto de los aviones en el World Trade Center de Nueva York. Ahí debía golpearse al propio tiempo al poder mundial en su centro simbólico.

Una y otra vez nos fueron mostradas estas imágenes. Las imágenes hoy en día son a menudo más que simples reproducciones. Ellas ganan una y otra vez participación en el poder de aquello que representan. Por ello, la destrucción de las imágenes también tiene por objetivo destruir el poder de aquello que ellas simbolizan. El poder de las imágenes es también grande hoy en día.

Las imágenes tienden cada vez más a colocarse en el lugar de aquello que ellas muestran. Las imágenes desarrollan fácilmente una pretensión total. Ellas acaparan, no se van de la cabeza, se posesionan de todo nuestro corazón. Necesitamos imágenes. Pero las imágenes hoy en día necesitan más que nunca formación, la capacidad de usarlas correctamente, la fuerza crítica de saber diferenciar.

Ese fue ya el objetivo de la prohibición bíblica de las imágenes y de la crítica reformista a la adoración religiosa de las imágenes. Porque no podemos vivir sin imágenes, porque estamos rodeados de imágenes, porque estamos llenos de imágenes interiores, resulta tan importante ejercitarnos en el correcto manejo de las mismas.

Por suerte encontramos una y otra vez imágenes que nos exigen el uso correcto de las imágenes. Esas son las imágenes del arte. Las imágenes del arte



William Hernández, s/t, 2003 grabado en madera.

nos dicen primeramente que no son más que imágenes, no reproducciones de alguna otra realidad existente en otra parte.

Ellas son imágenes que se dirigen a nosotros como imágenes, y que cuando nos relacionamos con ellas nos hacen reflexionar, evocan recuerdos, despiertan anhelos: imágenes de vida y de muerte, de cruz y resurrección. Estas imágenes las encontramos en nuestras iglesias.

Estas imágenes las encontramos también, sin embargo, en los museos y galerías de arte. Imágenes del arte contemporáneo nos pueden conducir a una pregunta completamente nueva por la última e íntima relación de todo lo fragmentado y fraccionado de nuestro ser vulnerable y expuesto al peligro –como hacen las imágenes de clavos de Günter Uecker.

“La Caída” se llama uno de estos cuadros de clavos de Günter Uecker. Una profunda grieta divide a la mitad una gran plancha de madera. Al propio tiempo los clavos caen hacia abajo. En varios remolinos que se entrelazan ellos se clavan en la madera revestida con lienzo basto, rajada por la caída.

Las huellas de pintura negra sobre el lienzo blanco siguen el movimiento dinámico de los clavos hacia abajo. Lo que el espectador ve es esta materialidad de un objeto, la plenitud de las pinturas de clavos, el símbolo de la cruz, reconocible en las negras franjas de color sobre el lienzo.

En el espectador, este objeto se convierte en una imagen, la cual, sin embargo, no representa más nada, sino que hace que el espectador por sí mismo experimente una imagen. Él percibe entonces más profunda la ruptura que atraviesa la creación, el dolor de la criatura atormentada, el grito pidiendo la redención.

Las imágenes del arte hacen visible lo que anteriormente no ha visto ojo alguno ni escuchado oído alguno. Las imágenes del arte nos ponen en contacto con nuevas y diferentes formas de ver la realidad. Las imágenes del arte nos permiten ver con nuevos ojos un espacio conocido, acaso también un espacio eclesialístico conocido, a veces el mundo entero.

Pero precisamente las imágenes, como imágenes, no pueden convertirse en la base de nuestra confianza en el ser, en el fundamento de la esperanza en el futuro. Las imágenes no sustituyen a la fe religiosa y no sustituyen el penoso trabajo en favor de la transformación gradual de las circunstancias desfavorables que existen en la sociedad.

Ese es, por lo tanto, el punto decisivo en el manejo de las imágenes: que las fronteras hacia lo invisible se mantengan en lo visible. Que no liberen de la acción, sino que llamen a ella. Precisamente entonces despliegan las imágenes su fuerza revolucionaria, cuando no comprometen con las realidades existentes, no propagan la ideología de los dominantes, no ponen en escena a los poderosos, sino que iluminan lo otro, lo que aún será posible, mantienen vivo el anhelo de lo futuro, incluso cuando aún no tengamos comprensión de ello y no sepamos lo que podríamos hacer concretamente.

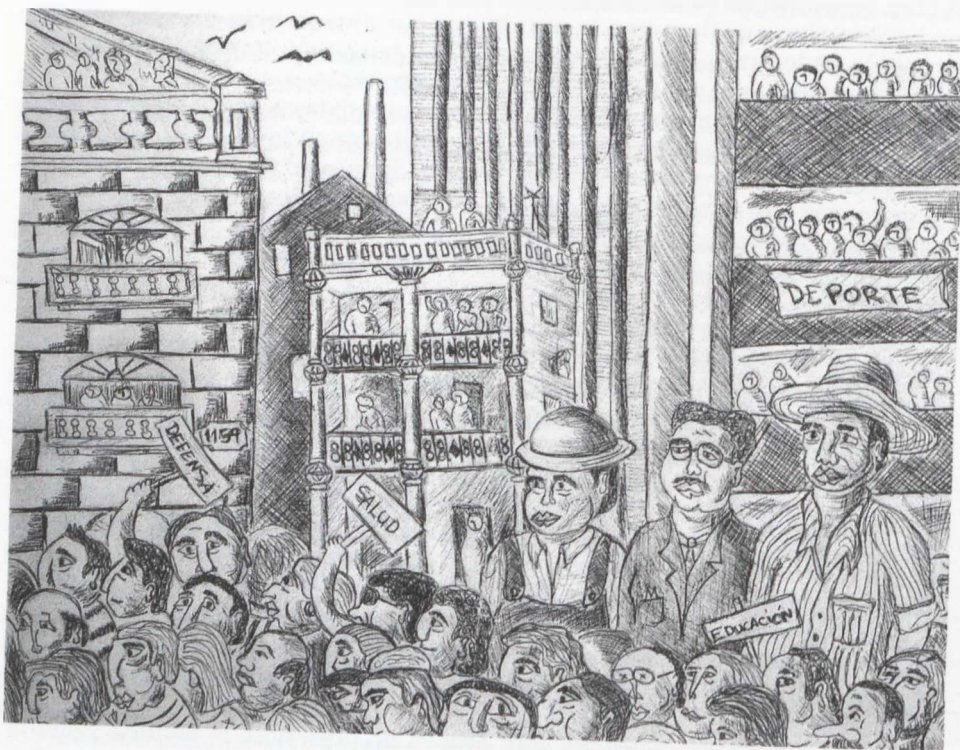
La crítica teológica de las imágenes, bien entendida, se dirige siempre contra aquellas imágenes que son adoradas religiosamente, que se habían convertido en ídolos. La crítica teológica de las imágenes no se dirigía nunca contra imágenes que se convertían en parábolas, en símbolos que hacen pensar y llaman a la acción. Los ídolos cautivan y ofuscan el entendimiento. Los símbolos y las parábolas que también Jesús en un gráfico discurso pintó una y otra vez ante los ojos de sus oyentes, alientan a la fe, al amor, a la esperanza.

La crítica a la adoración religiosa de las imágenes le ha quitado a las mismas su poder ideológico. Ha reforzado en nosotros, los hombres, la fuerza para la diferenciación crítica. Ha liberado las imágenes del arte.

Las imágenes son desde entonces imágenes, nada más que eso: imágenes que caen, imágenes que entretienen, imágenes que informan, imágenes que muestran la realidad externa e interna, imágenes que divulgan una mera apariencia, imágenes que animan, imágenes que dan algo en que pensar, imágenes que hacen ver, imágenes que escandalizan, imágenes que hacen recordar los grandes hechos de dios, incluso a veces imágenes que hacen ver lo invisible en lo visible, que abren la realidad, que brindan una perspectiva del infinito, que permiten reconocer, que la realidad no se agota en lo inmediato, que el mundo alberga un misterio, que nada tiene que quedarse como está. ¡Tales imágenes tan religiosas como revolucionarias las encontramos una y otra vez entre las imágenes del gran arte!

Hoy en día las imágenes del gran arte ya no presentan la historia sagrada bíblica, aunque de ello siguen existiendo siempre ejemplos tan destacados como discutibles en el arte contemporáneo.

Georg Baselitz, por ejemplo, uno de los grandes pintores de hoy en día, quien pinta de forma completamente objetiva, pero que sin embargo -en este



Luis Lamothe, "Revolución", 2005, boceto, dibujo.

mundo al revés- representa todos sus temas de cabeza, recurre siempre a la tradición iconográfica del cristianismo, especialmente a la cruz de Cristo. También la imagen de la crucifixión, que Baselitz pintó para la Iglesia Evangélica Santa Ana en el Luttrum de la Baja Sajonia, está de cabeza. Precisamente la representación invertida de sus temas es para Baselitz el camino para un nuevo descubrimiento de la imagen.

Las relaciones establecidas de la imagen, que permiten reconocerla como reproducción de otra cosa a la remiten, son interrumpidas. La compulsión de reconocer se disuelve en el espectador. Los colores y formas se hacen visibles en su propio carácter. Ya ellos no son solamente el vehículo para una historia conocida.

En el juego de los colores, rico en tensiones, el espectador puede reconocer a un Cristo, estremecido en la vertical con su cuerpo, y también en la horizontal con sus brazos bien extendidos, en azul cielo y carmelita tierra, abarcando cielo y discurso, superando el desgarramiento que recorre la creación.

Las cuestiones de la religión y de las necesarias transformaciones de un mundo equivocado inquietan también a los artistas de hoy en día. Ellos buscan libremente sus propias respuestas no convencionales. Por ello reinventan una y otra vez las imágenes, desarrollan su propio lenguaje gráfico, demandan otras formas de recepción de la imagen.

Por ello, las imágenes del arte pueden también irritar a la fe religiosa marcada por los mundos de la imagen tradicionales. Entonces, en las iglesias, al penetrar el arte contemporáneo, surgen disgustos, discusiones, conflicto. Las obras de los artistas contemporáneos perturban. Ellas provocan cuestionamientos propios, creatividad propia, a veces incluso una nueva fe, a veces un quehacer transformador.

Entonces, las imágenes buscan y preguntan por otra realidad en la cual los desposeídos tengan la plenitud de la vida, los poderosos sean depuestos de sus tronos, los primeros sean los últimos y los últimos sean los primeros. Imágenes del arte que conmocionan las realidades pueden desplegar una fuerza revolucionaria.

Este arte sin embargo, siempre estará también unido a la religión. Este arte trabaja por la realización de la promesa divina de que el futuro pertenece a aquellos que padecen hambre y sed por la justicia.